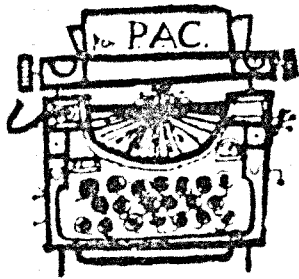


escrito a máquina

La muerte del POETA



En la muerte de un poeta se revela más que en ninguna otra muerte el misterio (contradictorio y conmovido de angustia y de esperanza) de la finitud humana.

El poeta, al morir, calla. NACE entonces su muerte, que comienza, desde ese instante, a crecer, a devorar en polvo, a envejecer, a llevarse hacia el olvido, la palabra del poeta. Pero la palabra se resiste. Comienza la palabra a usar, independiente del poeta, el hálito que recibió del poeta; a vivir con la potencia espiritual que recibió del poeta; a luchar contra su signo mortal y perecedero.

Subsiste la palabra, subsiste a veces siglos y milenios y sigue comunicando una vibración de vida, una llanita sacra y casi inmortal que el viento de las edades azota, castiga... y al final... apaga!

Toda palabra de hombre —suelta de los labios mortales— entra como un astro a una órbita de duración misteriosa— pero lleva una materia invisible que se gasta, que se quema para dar su luz. Toda palabra tiende, por su propio peso, a descender al silencio. El Poeta es el ser que logra disminuir —a veces hasta grados supremos— ese lastre de silencio que hace caer a la palabra y devolverse, ya gastada, al caos de donde fue extraída.

Poemas hay, versos existen, que serán repetidos quizás hasta el final de los tiempos... pero siempre sonará esa palabra, esa poesía, a pesar de su mágico poder de sobrevivencia, como temerosa y herida, como agónica, como si fuera la palabra de otra Palabra inefable a la cual se acerca pero no llega.

En todo poema que subsiste, en toda palabra que sobrevive, también sobre-muere la finitud de aquel que la creó y pronunció: subsiste lo mortal y su peso: ¡el signo de lo humano!

Cuando muere el poeta la humanidad —que casi nunca le honra en vida— se precipita a su misterio y lo exalta porque quiere comulgar en esa sobrevivencia de su PALABRA. Sabe, por instinto, su mueble que está expresado en esa PALABRA. Que una hermosa parte de su ansia de inmortalidad ha sido asumida por esa PALABRA del POETA. Que toda verdadera palabra de poeta es "voz que clama en el desierto" —VOZ QUE CLAMA UN SILENCIO CIRCUNDANTE—; voz del que toma la palabra por los demás y que saca de su anonimato (es decir, de su muerte histórica) a esos "demás".

Lo que fue apoteosis (y sigue siendo) en la muerte de Rubén Darío fue el presentimiento y el sentimiento nacional de una inmortalidad y de una resonancia universal, que se le abría a Nicaragua por la palabra de Darío. Había ya una altísima torre para subir a ella y desde ella dominar un horizonte de tiempo y de espacio más amplio que el del simple mortal. Había surgido una altura en que la chata provincia se levantaba —por la sola palabra de un hombre— a esas crestas a donde sólo suben otros pueblos rectores tras de miles de esfuerzos y sacrificios. Por Rubén, Nicaragua tenía la Torre de Eifel, la Estatua de la Libertad, los rascacielos de New York, las cúpulas de Roma. Se nos hacía en espíritu una urbe de fastuosa y alucinante capitalidad, y todos, apetonados y gratuitos, nos empujábamos por ocuparla con derecho de moradores.

Justo que así sea... Pero el poeta también había advertido el verdadero rostro de la muerte. Sabía que también su palabra estaba herida de muerte. Se sabía (y en él no hubo engaño) hombre y no Dios. Por eso, para que no equivocáramos el sentido de la verdadera inmortalidad, con la misma mano que tomó en vida la pluma, tomó en su muerte la cruz.

Y firmó.

Porque sólo una Palabra es la que verdaderamente subsiste. Sólo una resucita. Sólo una levanta y asume con plenitud todos los silencios y sólo una da de nuevo luz a las que se están apagando. Sólo una es POESIA en esencia porque es en esencia Divina.

Es aquella PALABRA que se hizo carne y habitó entre nosotros.

PABLO ANTONIO CUADRA